

La construcción de las identidades en Colombia y la educación para la ciudadanía: un devenir de múltiples relatos y travesías

Carlos Arturo Sandoval Casilimas

«Tener identidad, como bien ha dicho Amartya Sen, es tener la ilusión de un destino.»

FERNANDO SAVATER

En este texto se realiza una aproximación desde una perspectiva no esencialista a lo que ha significado la construcción de los referentes identitarios de Colombia como Estado Nacional autónomo y como parte del conglomerado político y cultural latinoamericano. Para alimentar la tematización específica objeto del presente, se adelantó la revisión de un conjunto de trabajos que desde diversos ángulos se han ocupado de la caracterización y análisis de aspectos y facetas del complejo proceso de configuración de la nación colombiana asumiéndola como un proyecto no culminado y en el marco del cual, se han formulado propuestas educativas de diverso orden, con la pretensión de coadyuvar a un proceso de consolidación de identidad nacional, todavía pendiente e incierto.

Adelantar una reflexión sobre esta problemática de la identidad entendida como una realidad construida por atribución, en un contexto globalizado, en el que pertenecer a un determinado origen nacional, geográfico, étnico, religioso, de género y político, abre o cierra las oportunidades de inclusión y reconocimiento, se torna vital para un país como Colombia, marcado negativamente, la mayoría de las veces sin fundamento. Se busca aquí entonces, mostrar las innumerables y diversas raíces de una colectividad nacional, que tomará las características de mixtura pregonadas por los discursos de la postmodernidad, mucho antes que estos coparan tantos espacios como los que hoy habita. Un proyecto humano, convertido en tierra fértil para que diversas realidades materiales y simbólicas provenientes de fuentes disímiles y distantes, dieran forma a una realidad compleja, atravesada por el mestizaje, construida en un entorno físico caracterizado por la heterogeneidad paisajística y por una ubicación geopolítica estratégica que ha determinado muchas de sus dinámicas de constitución en su historia pasada, presente y probablemente futura.

Para alcanzar el propósito planteado y desarrollar la tarea propuesta, se parte inicialmente de revisar algunas aproximaciones teóricas contemporáneas, relacionadas con la construcción de identidades y pertenencias de distinto orden. Hacemos eco así a los planteamientos de Amartya Sen y Kwame Anthony Appiah (2007) cuando señalan como:

«(...) en tiempos en los que el discurso sobre la identidad puede sonar a mera «moda», las cuestiones que presenta ese discurso no son en absoluto ajenas al canon más alto

de la filosofía política: el controvertido dominio de la «autonomía», los debates en torno de la ciudadanía y la identidad, el papel que debe desempeñar el Estado respecto de la realización ética, las negociaciones entre la parcialidad y la moral, las perspectivas que encierran las conversaciones entre las comunidades éticas»

(...) somos ‘diversamente diferentes’. La esperanza de que reine la armonía en el mundo actual reside, en gran medida, en una mayor comprensión de las pluralidades de la identidad humana y en el reconocimiento de que dichas identidades se superponen y actúan en contra de una separación estricta a lo largo de una única línea rígida de división impenetrable. (Del Prólogo de *Identidad y Violencia*, 2007)

Tras desarrollar ese referente previo, se procede a continuación a realizar un recorrido muy breve por las diferentes etapas que distintos investigadores han coincidido en señalar como constitutivas del itinerario por el que ha discurrido la materialización de los procesos identitarios de la nación colombiana a lo largo de su devenir histórico; allí se examinan en el entrecruce de relatos de la más variada índole, las travesías y vicisitudes realizadas y vividas por esa pretensión de consolidar un proyecto de *Colombianidad*, polimorfo y lleno de ires y venires en sus distintos momentos de construcción.

Por último, se propone un conjunto de consideraciones sobre el lugar de la enseñanza de las ciencias sociales como posibilitador, en el proceso de constituir conciencias y subjetividades colectivas e individuales, para lo cual se toma a manera de caso ilustrativo, el análisis de algunas de las investigaciones más representativas adelantadas al respecto a nivel colombiano y latinoamericano durante la última década.

1. La identidad como categoría de análisis de las Ciencias Sociales

El posicionamiento de la identidad como un componente de análisis ligado al desarrollo de las ciencias sociales ha sido conceptualizado e incorporado desde acepciones muy diferentes. A propósito de esto, Nahuelpan Moreno, (2007) afirma, «La inclusión de la categoría de identidad en el discurso de las Ciencias Sociales implicó cuestionar las categorías universales abriendo así un nuevo campo de reflexión y reformulación en la investigación social. En ellas, la identidad y la cultura pueden ser consideradas desde nuevos enfoques que contemplen el carácter dinámico de ambas (...)», (p.157).

De entrada se halla que hablar de identidad conlleva a una diáspora perspectivas para leer e interpretar desde diversos planos la realización de lo humano, así, al puntualizar este concepto desde una visión de tipo histórico-cultural, el chileno Jorge Larraín quien se ha ocupado de tematizar las condiciones de posibilidad de una identidad latinoamericana, señala lo siguiente:

(...) La identidad cultural debe pensarse como un «proceso discursivo», «constructivista» o «dialéctico», el cual presenta una multiplicidad de versiones y que no deben

asentarse en una época determinada; proyecto que se construye día a día sin recurrir a esencias innatas o elementales, sino en una superposición de tradiciones, pensamientos, usos, costumbres, valoraciones e ideologías provenientes del circuito histórico.

La identidad es una estructura de relaciones y representaciones y, como tal, no es algo esencial fijo e inmutable, sino un proceso activo, dinámico y complejo, resultante de conflictos, resoluciones, aspiraciones y negociaciones. De ahí su radicalidad, plasticidad, variabilidad y versionalidad, su reacomodamiento y modulación interna.

La identidad tiene que ver con la manera en que individuos y grupos se definen a sí mismos al querer relacionarse —‘identificarse’-. Por tanto, la identidad emerge y varía con el tiempo, es instrumentalizable y permutable, se retrae y se expande, se integra y se desintegra en el proceso trans-histórico. Además, la identidad es una actitud colectiva, una cualidad, una orientación cognitiva y afectiva bajo un cierto sistema de valores culturalmente compartidos. Por tanto, la identidad se definiría a partir de procesos dinámicos e históricos, en los cuales se pactan los significados que dan sentido a las prácticas que van construyendo las relaciones sociales en un determinado espacio cultural. La identidad es determinada por la historia y la historia es comprobada por la identidad y su estructura

El concepto de identidad antes planteado en opinión de alguno de sus analistas, «se entiende como identidad trans-histórica, es decir, como genealogía, como historia y como proto-historia. La *trans-identidad histórica*, es una conformación en el tiempo, en la que participan diversas versiones, elementos configuradores, conectándose dinámicamente desde la fragmentación a la unidad, desde la fijación hacia la integración, a partir de la constatación de que «el ser» o el «cómo se es» es una cuestión que se juega en la mecánica siempre viva de la realidad inserta en la historia.

De otra parte Korostelina, 2007¹ al conceptualizar la identidad social como la categoría mayor, propone incluir en la misma tres formas de identidad: Cultural, Reflexiva y Movilizada.

La forma de identidad cultural estaría basada en las características de la vida cotidiana de un grupo que incluye cocina y dieta, vestuario; rutinas típicas diarias; canciones, música, danza; Tradiciones y costumbres; fiestas y formas de celebración; este tipo de identidad enfatiza en los símbolos y signos étnicos. Valores, creencias, actitudes y normas que se integran también a esta identidad; sin embargo los mismos se perciben como esenciales o dados y casi nunca son cuestionados. La gente vive «dentro» de su identidad social, siguiendo en grupo recomendaciones e instrucciones. Pero sin pensar profundamente acerca de sus metas e intenciones dentro del grupo o su condición o posición dentro de la sociedad.

Las formas reflexionadas de identidad, incluyen un entendimiento avanzado de

1. Korostelina, K.V., (2007). *Social Identity and Conflict: Structure, Dynamic and Implications*. New York: Palgrave Macmillan. Citada en: KOROSTELINA, Karina. History Education and Social Identity. In: *Identity, An International Journal of Theory and Research*. Vol. 8, PÁGS. 25-45, 2008.

su historia dentro del grupo y sus relaciones con otros grupos de fuera, consciente de la actual condición y posición del grupo y su reconocimiento de futuras metas y perspectivas dentro del mismo. Esta identidad refleja una apreciación de los valores y creencias del grupo y el entendimiento de sus raíces y fuentes, tanto como el rol del grupo al que se pertenece en la sociedad.

Las formas movilizadas de identidad derivan de lo que queda de la comprensión de la identidad de un grupo dentro del marco de sus relaciones intragrupalas, a través de la comparación en el grupo de posición, poder y estatus. En este caso, la estimación dentro y fuera del grupo se basa en las posiciones y metas; las tradiciones, costumbres y las características culturales no juegan un papel importante en esta comparación intergrupos. Las formas cultural y reflexionada de identidad tienen menos impacto sobre la conducta conflictiva que las formas movilizadas el contenido y significado principales de esta identidad son las contradicciones y competencia entre los grupos.

Esta aproximación ecléctica hace énfasis diferenciales en cada una de las tres categorías que propone; mientras la primera muestra un sello esencialista presumiendo una suerte de distribución homogénea de los bienes culturales materiales y simbólicos y una cierta inmutabilidad, donde la pasividad de los sujetos será lo característico; en la segunda se le da cabida a un proceso reflexivo en el que la historicidad y la visión de futuro le dan sentido y contenido a la identidad; la tercera, en cambio, muestra un énfasis en las diferencias y destacará el lugar de la otredad como la cara alterna de la identidad.

En contraste con lo señalado en la primera y tercera de las categorías planteadas por Korostelina (obcit), Dolores Juliano (1992) afirma que, la identidad es un juego de asignaciones en que cada uno de los interlocutores construye y habita una escala flexible de contenidos asignados por ellos mismos en las relaciones sociales, limitando la movilidad conceptual a un campo previamente consensuado. De esta forma, la sociedad es percibida como un conjunto de individuos interrelacionados por normas y propósitos comunes, desconociendo las relaciones de poder asimétricas y la conflictividad del proceso hegemónico en el supuesto «consenso».

Realizadas las consideraciones de base anteriores, es oportuno examinar lo atinente a las identidades nacionales pues es desde esta categoría que entraremos más adelante a problematizar el asunto de la constitución de la nación colombiana. En ese orden de ideas, retomamos los planteamientos de Lechner (2003) quien señala como, «La formación de una identidad nacional fue, a los inicios del siglo XIX, un proyecto revolucionario que hacía de una población un pueblo y de este un sujeto colectivo de la historia (...) este a la vez, representa un mecanismo de integración y diferenciación (...)», (...) que ...«sirve tanto para integrar los grupos sociales dominantes como para diferenciar a ese «pueblo», fundamento del incipiente orden republicano, de la «población» (indígenas, bandoleros) (p.53)

Desde una perspectiva centrada en la dimensión cultural, Urban (1992) opone el nivel cultural del Estado-Nación a las culturas locales. El Estado-Nación aparece como *acultural* y como el ámbito neutro donde cada cultura produce su propia *me-*

*tacultura*². En este marco define dos sentidos a partir de los cuales se puede comprender la cultura, el específico, al que define como «*lo marcado*» y, el general, al que llama sentido «*desmarcado*» de la cultura. Cada cultura tiene las dos facetas. Mientras la primera (la «*marcada*») puede definirse a sí misma en términos de límites de grupos, y en este sentido es local, la segunda (la «*desmarcada*») tiende a resistir la localización.

En otras ópticas la identidad en su acepción política, particularmente la de los discursos decimonónicos, invocará recurrentemente la idea de un colectivo nacional unificado, sea territorial o no, que manifiesta alguna especificidad la refuerza o la construye.

Las aproximaciones teóricas aludidas van a hacer evidente dos procesos subyacentes a la construcción de la llamada identidad nacional, de una parte un proceso de homogenización a partir de un conjunto de imaginarios hegemónicos y de otro, un proceso de diferenciación interno definido por elementos como la adscripción local y el origen socioeconómico. A esta diferenciación otros teóricos agregarán lo concerniente a la etnia, el género y la condición étnica asociada a la de generación así las cosas la identidad nacional no resulta ser más que una construcción altamente abstracta con límites frecuentemente difusos que requieren para su objetivación, anclarse en un mosaico de referentes proveniente de fuentes diversas.

En el contexto anterior, Lison Tolosana afirmará que son la cultura y la historia los materiales básicos con los cuales se elaborará la memoria nacional, planteamiento que será coincidente con lo expresado por Anderson al referirse a la identidad nacional como una comunidad imaginada. Más adelante se documentará cómo desde la enseñanza de las ciencias sociales se ha contribuido a alimentar esos imaginarios sobre los que se ha edificado la identidad de los colombianos, dejando presente que:

La identidad se realiza a través de la historia, constituye un proceso que no se detiene en el tiempo, al contrario está en permanente construcción y redefinición. Así mismo, la identidad constituye un estado de conciencia implícita y explícitamente. Por unos individuos que se reconocen y expresan su pertenencia a una categoría de Personas y a una comunidad que las acoge (...)

2. El proceso de construcción de la identidad plural colombiana

La constitución identitaria colombiana, más que un proceso de construcción determinado por un curso de acción consciente y sistemático dirigido a un fin predeterminado como sería la configuración de Colombia como Estado Nacional y como República soberana, sigue siendo una realidad inacabada, compleja y en muchas formas incierta. Es así como las condiciones de posibilidad de su existencia como

2. Las cursivas son mías

nación han estado ligadas a la conjugación de factores muy diversos tanto exógenos como endógenos, cuya trama no termina de construirse.

Los referentes de identidad han ido cambiando con el paso del tiempo y de las circunstancias históricas; igualmente, las interacciones internas a través de los flujos migratorios determinados por circunstancias que van desde la búsqueda de mejores condiciones de vida hasta el desplazamiento forzado a causa de los diversos conflictos que han afectado a la nación colombiana, han generado nuevas formas de pertenencia y de habitancia de los colombianos. Cerca de 4.000.000 han emigrado a diferentes países en los últimos 10 años y más del 70% de los que hoy residen en la nación habita en los cascos urbanos³ Un recorrido por las etapas que son aceptadas por los investigadores como constitutivas del itinerario por el que ha transcurrido el proceso de formación de la nación colombiana es el que se desarrolla a continuación.

2.1. Etapa prehispánica

Según Jaime Jaramillo Uribe (2001), antes del siglo xv, en el actual territorio de Colombia no existían culturas prehispánicas de la amplitud, unidad y densidad de las que hallaron los españoles en México o el Perú. Pero si la comparación se efectúa con la región del Río de la Plata o del Brasil y aun de territorios vecinos que durante la época colonial aparecen íntimamente ligados al Nuevo Reino de Granada como el de Venezuela, se halla que en el territorio colombiano existía una población indígena más numerosa, formando un conjunto de culturas que por su potencial demográfico, su cultura y su organización social lograron enfrentar con mayor espíritu de sobrevivencia, el impacto de la conquista y aportar más significativos elementos indígenas a la formación de la nueva sociedad resultante del proceso de aculturación y fusión que se produjo durante los siglos xvi y xvii.

2.2. Etapa de hispanización

Con la llegada de los conquistadores españoles, se inicia un proceso de aculturación y de mestizaje étnico y cultural que resultará en una reducción significativa de la población exclusivamente indígena, la cual pasará según cálculos de la época de unos 3 o 4 millones a poco más de 600 mil hacia las primeras décadas del siglo xvii y a unos 130.000 al finalizar el siglo xviii

Las culturas prehispánicas de Colombia se asentaban en un territorio de complejísima geografía y muy difícil intercomunicación. Este será un factor que incidirá sobre el desarrollo de la nueva sociedad a través de su período colonial y que seguirá teniendo un peso importante a lo largo del periodo republicano de Colombia. La

3. Unas pocas décadas atrás el 70% de la población del país era rural

ubicación en plena zona tropical, con un complejo sistema de montañas andinas que dividen al cruzar la frontera entre Ecuador y Colombia le dan una caracterización de diversidad a la climatología colombiana con una gama muy variada de pisos térmicos, cálidos en los valles y cuencas hidrográficas, suaves en las laderas cordilleranas medias, fríos y apropiados para el desarrollo, de la vida humana en las altas mesetas como la Sabana de Bogotá, donde se situará el epicentro de su desarrollo histórico y la capital actual de la nación.

La hispanización por la creación de enclaves urbanos en el contexto de los cuales se instalan o generan instituciones socio- jurídicas concebidas dentro de la lógica de los colonizadores españoles. Se generalizó y oficializó el uso de una única lengua, el castellano, y se torna hegemónica la religión católica como único credo religioso aceptable desde la oficialidad. Es un periodo que se extenderá hasta el avance de los procesos de independencia en los que de una manera alternada se configurará la posibilidad de libertad de credo religioso de mano de una propuesta organizada de educación laica.⁴ La siguiente es una breve panorámica de los procesos de fundación de algunas de las principales ciudades colombianas que aún hoy conservan dicha calidad.

- BOGOTA, DC. Es la capital del país, fue fundada por Gonzalo Jiménez de Quesada en el sitio llamado Teusaquillo, donde el zipa tenía su casa de recreo al pie de los cerros, el 6 de agosto de 1538, con el nombre de Santafé, día en que fray Domingo de las Casas celebró la primera misa. En febrero de 1539, con la presencia de Sebastián de Belalcázar y Nicolás de Federmann, se confirmó solemnemente la fundación jurídica, con nombramiento de alcaldes y regidores del ayuntamiento por parte de Jiménez de Quesada. Título de ciudad por real cédula de Carlos V del 27 de julio de 1540. Título de «muy noble y muy leal» por real cédula de Felipe II, del 17 de agosto de 1575
- BARRANQUILLA (Atlántico). Hacia 1629 las Barrancas de San Nicolás fueron poblados por campesinos. El 7 de abril de 1813 fue erigida la Villa de Barranquilla por el presidente del Estado de Cartagena de Indias Manuel Rodríguez Torices. Corregimiento en 1772 y municipio en 1876. Es la actual cuarta ciudad por tamaño poblacional y por su nivel de desarrollo socioeconómico.

4. Inicialmente cobra fuerza de una reforma educativa concebida por el General Francisco de Paula Santander que tras el complot fracasado contra la persona del General Simón Bolívar en la llamada noche septembrina, se echará atrás, como represalia y en su lugar se apoyará una educación puramente clerical, sometiendo a persecución a los liberales y a todos aquellos seguidores de las ideas de Bentham tan en boga en la Nueva Granada tras el triunfo del movimiento independentista.

- BUCARAMANGA (Santander). Fue fundada el 22 de diciembre de 1622 por Miguel Trujillo y Andrés Páez de Sotomayor por comisión del oidor Juan de Villabona y Zubiaurre. Categoría de Real de minas en 1623, Parroquia en 1779. Villa en 1810, título confirmado por el Congreso de Cúcuta el 30 de junio de 1821. Capital del Estado Soberano de Santander el 24 de noviembre de 1857. Capital de la provincia de Soto en 1886. Es una ciudad catalogada actualmente de intermedia, pero fue motor del desarrollo industrial y los procesos de modernización antes que Medellín la desplazara en dicho rol.
- CALI (Valle). Su fundación tuvo lugar, el 25 de julio de 1536 por Sebastián de Belalcázar, con el nombre de Santiago de Cali, en el valle del río Lili; trasladada en diciembre del mismo año a su actual ubicación por Miguel López Muñoz, de orden de Belalcázar. El 20 de agosto de 1539 el conquistador Francisco Pizarro le señaló términos y jurisdicción. Título de «muy noble y leal ciudad» por real cédula de junio 27 de 1559. Es actualmente la segunda ciudad por tamaño poblacional después de la capital Bogotá, desplazó de ese lugar a Medellín en la década de los 80 del siglo xx.
- CARTAGENA (Bolívar). Fue fundada el 1 de junio de 1533 por Pedro de Heredia, con el nombre de San Sebastián de Cartagena, en el sitio de la aldea indígena de Calamar. Título de ciudad por real cédula de Felipe II de 6 de marzo de 1575, y de «muy noble y muy leal» en la misma fecha. Capital alterna de Colombia por ley 128 de 1963. Es una ciudad que ha tenido un crecimiento poblacional muy importante en la última década fruto de los procesos de desplazamiento forzado en el sur del departamento del que es capital, es un bastión turístico muy importante y tal vez de las ciudades colombianas más conocidas en el mundo por su significado histórico.
- MEDELLÍN (Antioquia). Fundada el 2 de marzo de 1616 por el oidor Francisco de Herrera Campuzano como San Lorenzo de Aburrá, origen de la actual ciudad. Traslada al sitio actual en 1646. Título de villa por real cédula de 22 de noviembre de 1674 firmada por la reina Mariana de Austria en nombre de su hijo menor de edad Carlos II. La erección se efectuó el 2 de noviembre de 1675 con el nombre de Villa de Nuestra Señora de la Candelaria de Medellín, en honor de Pedro Portocarrero y Luna, conde de Medellín, presidente del Consejo de Indias. Capital de Antioquia desde el 17 de abril de 1826. Hoy es la tercera ciudad en tamaño poblacional y la segunda en desarrollo industrial después de Bogotá.
- SANTA FE DE ANTIOQUIA. Su fundación ocurrió en junio de 1546 por el mariscal Jorge Robledo. Título de villa en 1584. Fue la población que antecedió como capital del Departamento de Antioquia a Medellín.
- SANTA MARTA Fundada en Julio 29 de 1525, por Rodrigo de Bastidas, un comerciante sevillano llegado a América a comienzos del siglo xvi. Gracias a una primera capitulación firmada con la corona española en 1500, recorrió en 1501, en compañía de Juan de La Cosa, la costa colombiana desde la península de La Guajira hacia occidente, hasta llegar a Urabá. En el recorrido, además de la bahía de Santa Marta, descubrieron la desembocadura del río Magdalena y la

bahía de Cartagena. Desde 1502 se radicó en Santo Domingo donde manejaba haciendas y comerciaba con bienes y esclavos. Santa Marta fue la primera urbe fundada por los conquistadores españoles que perduró en Suramérica y el punto de partida para la conquista y colonización de Colombia⁵.

2.3. *Etapa contemporánea: una síntesis multicultural*

Bien por el maíz, los frisoles y la panela. Por el primero somos Americanos; por el segundo, Griegos; por lo tercero, Asiáticos de la pura Arabia. Feliz juntando a estos ingredientes, el plátano de Guinea, quedamos los paisas, como un revoltijo exponente de tres razas; por lo que comemos ...» (Tomás Carrasquilla- Escritor Antioqueño)

Practicamos una religión inventada en el Asia Menor, hablamos un idioma traído de la península ibérica, tenemos como bebida nacional una infusión hecha con base a un grano árabe, nuestros platos típicos están hechos con productos europeos o africanos, las frutas que sentimos nuestras son asiáticas como el mango, o africanas como el banano o venidas de España como la naranja. Nuestros campesinos curan las enfermedades tanto con plantas americanas como con plantas traídas de España o África, y las coplas y romances que han recogido nuestros investigadores de las culturas populares tienen origen europeo (...)

(JORGE ORLANDO MELO. Historiador Colombiano)

Según Gustavo Bell Lemus⁶, «el proyecto de unificación nacional y de centralización del poder político, que comprendía la nueva configuración del Estado colombiano, quedó plasmado formalmente en la Constitución de 1886 y tuvo un desarrollo normativo posterior que vinieron a darle una nueva institucionalidad al país. Este proceso se dio a partir de la Constitución y desde ésta, se tradujo en un ordenamiento jurídico hermenéutico que creó un «espacio legal», indispensable para el ejercicio del poder político, que se orientó básicamente a imponer su legitimidad a todo el conjunto de la nación y a unificar la economía». En esta apreciación también coinciden otros analistas como Luis Antonio Arango Restrepo (2003)⁷ quien sostiene que tras la coalición de gobierno que se configuró en 1886, «Colombia se vuelve un país republicano, unitario, católico y romano hasta 1936»

5. La región en la que se localiza la bahía de Santa Marta fue densamente poblada por grupos nativos antes del arribo de los conquistadores españoles. El principal de esos grupos fue el de los Tairona, cuya organización socioespacial dejó algunos de los vestigios urbanos más notables del período prehispánico. La densidad poblacional de la Sierra Nevada y sus estribaciones fue, uno de los atractivos para los conquistadores interesados en el mercado de esclavos. Las excelentes condiciones geográficas de la bahía, por su parte, favorecieron su escogencia como lugar de asentamiento para esos conquistadores.
6. Boletín Cultural y Bibliográfico. Número 1, Volumen XXI, 1984
7. Restrepo Arango, Luis Antonio. Acerca del Surgimiento de las Humanidades en Colombia. En: Revista Historia y Sociedad, No.9, Marzo de 2003, PÁGS. 45-64.

Bell (Obcit) continúa, «La centralización del poder político no solamente se definió desde la Constitución sino que se tradujo además en la nacionalización de las distintas legislaciones, en la supremacía de la nación sobre los departamentos y en otras medidas que tuvieron a dos instituciones como instrumentos de su imposición: la Iglesia católica y las fuerzas armadas. Estas dos instituciones, que quizá eran las únicas que tenían verdadero alcance nacional, le sirvieron al poder central para extender y reproducir su dominio a todo el territorio colombiano» En una línea análoga Arango Restrepo (Obcit), señala, «En 1887 se firmó el Concordato que le entregó la vida civil de las personas y la educación en todos sus niveles a la iglesia católica».

En otro aparte de su texto, Bell (Obcit), plantea, «centralizado el poder político e impuesta su legitimidad, el otro objetivo básico de la llamada época de la Regeneración fue indudablemente la unificación de la economía, desarticulada y menguada por el intenso federalismo anterior; objetivo que se logró mediante la puesta en marcha de una serie de disposiciones constitucionales y legales que buscaban fundamentalmente la creación de un auténtico mercado nacional. Tales medidas iban desde el incremento del gasto público, organización del Banco Nacional, centralización de las principales rentas públicas, protección aduanera y subvención a nuevas industrias, hasta la creación de una burocracia nacional».

Ese proyecto unificador y homogeneizante reflejado en la Constitución de 1886, con algunos desarrollos y reformas, servirán de marco a la Ley 39 de 1903⁸ que tendrá como propósito organizar la instrucción pública del país y que será la primera ley general que se mantendrá vigente hasta 1994. Este evento estará en el derrotero tendiente a impulsar un proyecto de nación unitaria y homogeneizante que se mantendrá prácticamente incólume hasta la expedición de la Constitución de 1991.

La nueva Carta Política será redactada por una Asamblea Nacional Constituyente en la que convergerán no solo los dos partidos políticos tradicionales Conservador y Liberal, sino múltiples fuerzas y movimientos sociales de origen diverso como es el caso de los pueblos indígenas.

La nueva Constitución reconocerá y planteará proteger, la diversidad étnica y cultural de la nación colombiana; consagrará para estas comunidades derechos étnicos, culturales, territoriales, de autonomía y participación como: la igualdad y dignidad de todas las culturas y fundamentará en ello la identidad nacional; las diferentes lenguas que se hablan en el país serán reconocidas como lenguas oficiales en sus territorios; se instituirá la educación bilingüe e intercultural para los grupos étnicos y se viabilizará la doble nacionalidad para los pueblos indígenas que viven en zonas de frontera. En este marco global se le abrió camino, entonces, a la participación activa de los indígenas y los afro-descendientes en la vida política del país, de la cual habían estado siempre marginados; se marcará así, una nueva etapa de la gesta reivindicativa de estos sectores poblacionales, y hará posible que estas minorías accedan mediante el voto popular, a tener participación en el Congreso de la República,

las asambleas departamentales, las alcaldías y un sin número de concejos municipales en distintas regiones del país.

El contexto al que responderá la letra y el espíritu de la nueva constitución estará basado en el reconocimiento de hechos tales como que en Colombia, habitan actualmente 80 grupos étnicos, los cuales son portadores de una gran diversidad cultural que se refleja en la existencia de más de 64 idiomas y unas 300 formas dialectales.

Con posterioridad a la expedición de la nueva constitución colombiana, un estudio del Departamento Nacional de Estadística, realizado luego del Censo de 1993 y con ajustes a 1997 irá a mostrar, que la población indígena ascenderá en ese momento a 701.860 personas con presencia en 32 departamentos del país, especialmente en aquellos de selva tropical húmeda.

Comentados los asuntos anteriores y en el contexto latinoamericano, introducimos otros elementos conceptuales desde un referente de análisis literario propuesto por Alisa N. Delgado Tornés (2003)⁹ la autora sostiene que:

(...) Entre 1900 y 1971 el sujeto social latinoamericano se transformó. No se trató, sin embargo de cambios coyunturales o modales. El sujeto rodoniano pensaba con cerebro francés, se había educado en España, poseía una cultura cosmopolita y miraba hacia un futuro eurocéntrico. No había muchas alternativas para él: él y sus contemporáneos parecían todos cortados por las mismas tijeras: occidental, blanco, masculino, la homogeneidad era su característica. En cambio, ya hacia 1971 ese sujeto aparece diversificado: descubierta y revalorizada la cultura indígena, la identidad comienza su «mestizaje». Nunca hasta entonces se había puesto tanto énfasis en una mezcla que, en cuanto tal, habla de componentes y heterogeneidad antes que de homogeneidad. El Calibán de Fernández Retamar empezó a representar a ese nuevo sujeto desde el momento mismo en que fijó su identidad invirtiendo el símbolo, asumiendo su condición mestiza.

Pero este símbolo se hizo a su vez, también, insuficiente. Ya no puede pertenecer a ese sujeto que hoy pertenece a la cultura postmoderna, la cultura de la fragmentación, la democracia, la heterogeneidad, los márgenes, la impureza, el rechazo al autoritarismo. El nuevo Calibán ya ni siquiera podría llevar ese nombre: el baúl de Shakespeare está exhausto y es preciso buscar otros símbolos en que fundar el imaginario latinoamericano. Un símbolo al día con lo cambiante de ese rostro diferente que ahora integran la mujer, las minorías raciales y sexuales, que cuestionan los orígenes «míticos» de la cultura (como el origen europeo» del Cono Sur), que fragmenta las falsas totalidades, y que reconoce y legitima a la cultura popular ante la hegemonía ya trizada de la cultura letrada. Este es el nuevo rostro que era demasiado nuevo como para que Rodó lo imaginara y al que Fernández Retamar introdujo en su momento: el rostro de un nuevo orden.

9. En defensa de la identidad latinoamericana. Calibán, una autodefinition ideológica, Santiago, 2003.

Hoy día, alzar a Calibán o Ariel como símbolos culturales de América y se añade que difícilmente ésta pueda sintetizarse en un símbolo único. Más interesante y representativo de la situación actual latinoamericana se afirma, es quizás «partir del reconocimiento de la dificultad de condensar la multiplicidad cultural» (Arocena, 1993, pág. 183).

Las consideraciones expuestas encuentran total pertinencia para describir los procesos de construcción identitaria de la nación colombiana. Es así como el imaginario que se construye en los primeros años de vida republicana corresponde al pensamiento de una elite dirigente que se deja describir en términos de ese sujeto rodoinano, sin embargo, no es una condición que desaparezca con el tiempo, sino persistirá aún en el presente, solo que bajo otras formas discursivas y en otros personajes como lo irán a mostrar Ruiseco y Slunecko (2006) al analizar el contenido del discurso de posesión del actual mandatario de los colombianos. De otra parte, el imaginario ilustrado en la lógica de Caliban se revelará en las manifestaciones actuales de los movimientos indígenas que han dado a sus procesos de organización y lucha mayor fuerza y coherencia bajo los principios unidad, tierra, cultura y autonomía y consignas articuladas en torno a las ideas de resistencia, construcción del poder propio y participación sin cooptación.



El conflicto étnico-nacional es expresión de la perdurabilidad de concepciones clasistas sobre las relaciones económicas, sociales, políticas y culturales. La nación es un sistema basado en la centralización y la exclusión, que bajo el supuesto de «unidad nacional» mantiene y reproduce la desigualdad real (Díaz Polanco 1987:14). Al parecer según algunos intérpretes de este autor, él mismo, de manera reciente, ha planteado la necesidad de una doble superación con el fin de poder imaginar la autonomía regional indígena como una propuesta de solución a la nación. Aunque Díaz Polanco acepta que la apropiación de la «utopía autonómica» no es homogé-

nea, cree que debe entenderse en el contexto internacional y como un replanteo de las relaciones de los pueblos indígenas con la nación, como una revisión del pacto nacional

De otra lado, el esfuerzo por mantener en la memoria el ideario de unificación nacional a partir del referente independentista, mantiene vestigios claros centrados en la evocación de algunos de los personajes elevados a la categoría de héroes en los relatos de la historia oficial de la nación; es así, como los mismos aportan sus apellidos a los nombres que en la actual División Político-Administrativa del país; Bolívar, Caldas, Córdoba, Nariño, Santander, Sucre.

Terminamos esta sección haciendo una alusión a la actual configuración regional y cultural de la nación colombiana que ha servido de base a una promesa aún no cumplida de su carta política vigente: la reorganización de su división político-administrativa a partir de darle peso a los criterios que recuperan las especificidades socio-demográficas, culturales y económicas de las regiones y complejos humanos asentados en cada uno de ellos, un panorama global del mismo es el que se muestra en la figura siguiente:



En la amplia bibliografía que se presenta al final, se hallarán desarrollos específicos que caracterizan cada una de estas formaciones culturales, sus raíces y sus devenires constitutivos.

3. La experiencia de la enseñanza de las Ciencias Sociales en Colombia y su relación con los procesos de formación de identidades y educación para la ciudadanía

Martha Herrera, una de las investigadoras colombianas más sistemáticas en el abordaje del tema plantea:

«En la primera mitad del siglo xx, las políticas educativas en torno a los saberes relacionados con las ciencias sociales, estuvieron ligadas a la promoción del imaginario que las élites tenían sobre el Estado nación en donde la identidad nacional se articuló a la construcción de un proyecto político que dejó de lado la diversidad cultural y regional, así como la pluralidad de las expresiones políticas existentes, en donde lo nacional se entendió como marcado por lo estatal».

Los hallazgos de la investigación en relación con los textos de cívica que servían de soporte formativo en este aspecto concreto revelan lo siguiente:

- La instrucción cívica se inscribe en una estrategia más amplia de escolarización, presente en Colombia desde el siglo xix, en la cual, la formación del ciudadano tiene como objeto relacionar los sujetos con un régimen prescriptivo condensado en un ideal de buenas costumbres y la sujeción a un orden social que parte de la familia, pasa por los derechos, coloca un acento en los deberes individuales y de sujeción a un régimen institucional, sigue con un cuadro descriptivo de los poderes en los cuales descansa la democracia representativa, terminando con permanentes alusiones a la estructura y contenido de la Carta Constitucional. En definitiva, textos cerrados, desprovistos de una propuesta pedagógica clara, centrados en el contenido y con una clara intención de moralización en una doble dimensión: normativización de los comportamientos individuales y sociales, por una parte, e instrucción en régimen constitucional hegemónico.

A diferencia de lo anterior, en el caso de los textos de educación para la democracia, la instrucción se ve impactada desde discursos políticos y pedagógicos que sustentan la formación del hombre desde un concepto de educación más amplio, en donde ocurre un descentramiento de la acción estatal y una puesta en escena de nuevos agentes educativos.

Desde la perspectiva general de la enseñanza de las ciencias sociales, se señala como en el proceso de consolidación del estado-nación, la educación cumplió un papel significativo en la promoción de imágenes, referentes y significados sobre lo nacional. Es así como se llevaron a cabo reformas que buscaron la creación de un sistema educativo nacional, acorde con las necesidades del proyecto de construcción de la identidad nacional.

- De manera específica la Historia tuvo como sus principales objetivos: Avivar el sentimiento patriótico a través del reconocimiento de los héroes nacionales y las gestas militares que permitieron la independencia; la geografía a partir del conocimiento y uso del territorio, debería fortalecer la capacidad de los niños y jóvenes para explotar las riquezas con las que contaba el país y, finalmente, la instrucción cívica, tendría por objeto fortalecer los ideales patrióticos, mediante la

inculcación de hábitos de respeto, orden y disciplina frente a la autoridad y la iconografía nacional.

- Al cambiar la Constitución en 1991, se mantiene la consigna de una nación unitaria, pero esta vez se busca instalar en el imaginario colectivo una concepción laica y plural del Estado y se le da un lugar a la inclusión de las minorías étnicas en plano de igualdad de derechos del resto de la población. El giro de la formación será orientado por el concepto de competencias y se le restará fuerza a los contenidos escolares como tales.

De otra parte, en lo relacionado con los textos de Ciencias Sociales en general, los resultados de la investigación realizada al respecto muestran lo siguiente:

- La intención que se evidencia en los manuales era la de promover el ideario de unidad nacional a partir de referentes como territorio, entendido como el espacio en el que cobra vida la nación; la ley, como fuente, de orden y gobernabilidad de los sistemas republicanos; la religión católica, como modeladora del alma nacional; la lengua castellana, como vaso comunicante entre la población, y la iconografía patriótica, como fuente de los arquetipos que hay que imitar.
- Se halla que de modo general, los fines de la enseñanza de la historia, la geografía y la cívica estuvieron dirigidos hacia la formación de ciudadanías virtuosas a través de la interiorización e incorporación, por parte de los sujetos escolares, de lo que se estimaba el orden social legítimo, esto lleva a unificar en 1993, los saberes respectivos bajo el concepto de enseñanza de las Ciencias Sociales. En esa perspectiva, señalan los investigadores, se asigna como funciones principales, a la historia, consolidar la nacionalidad colombiana, avivar el espíritu patriótico, moldear ideales de ciudadano con base en los héroes, en los sacrificios y la sangre por ellos derramada para lograr la independencia de la nación y alcanzar la autonomía como república.
- La instrucción cívica se consideró un vehículo para formar tanto buenos cristianos como buenos ciudadanos mediante la promoción de las normas y deberes para vivir en sociedad.
- La enseñanza de la geografía se ligó al conocimiento del territorio nacional, como principio básico para la formación del patriotismo y para la integración de las comunidades imaginadas en una acepción cercana a las que tematizará Benedict Anderson (1983). Algo propio de los libros de texto destinados a apoyar los procesos formativos correspondientes, es la difusión de imágenes cargadas de prejuicios y discriminaciones sobre los pobladores de algunas regiones. La invisibilización de las mujeres será otro rasgo característico de este tipo de materiales.

Cerramos este texto parafraseando a Herrera (Obcit) «*La Historia crea el mundo, la Geografía lo habita y la Educación Cívica y Religiosa lo justifican...*» (p.34). Esa

ha sido sin duda la dinámica que ha estado presente en la construcción del caleidoscopio identitario de los colombianos, que no se agota en los estigmas promovidos en su historia reciente por los medios masivos de comunicación y que por el contrario muestra un complejo tejido de imaginarios y experiencias de características propias en el entorno latinoamericano, sin olvidar su propia dinámica de configuración interna siempre inacabada, multireferenciada y polifacética.

Bibliografía

- ALAPE, A. (1989) «El 9 de abril: asesinato de una esperanza». En: *Nueva Historia de Colombia*, Tomo II: Historia Política 1946-1986, Bogotá: Planeta Colombiana, pág. 33-56.
- ANDERSON, B. (1993) *Comunidades Imaginadas. Reflexiones Sobre El Origen Y Difusión Del Nacionalismo*. México: FCE.
- AROCENA, F. (1993) «Ariel, Calibán y Próspero: Notas sobre la situación cultural de las sociedades latinoamericanas.» En AAVV. *El complejo de Próspero. Ensayos sobre cultura, modernidad y modernización en América Latina*. Montevideo: Vintén Editor, pág. 177-199.
- APPIAH, K.A. (2007) *La Ética de la Identidad*. Katz Editores: Buenos Aires.
- BOLIVAR, I. J. (ed., 2006) *Identidades Culturales y Formación del Estado en Colombia: Colonización, Naturaleza y Cultura*. Bogotá: Ediciones Uniandes.
- BUSHNELL, D. (199) *The Making of Modern Colombia. A Nation in Spite of Itself*, University of California Press, 1996. Versión en castellano: Colombia, *Una Nación a Pesar de Sí Misma*. Bogotá: Planeta, 1997.
- CAMACHO, J. (1999) *De Montes, Ríos y Ciudades: Territorios e identidades de la gente negra en Colombia*. Bogotá: Fundación Natura.
- CASTRO VILLARRAGA, J.O. (2001) «Las Cívicas y los textos de Educación para la democracia: dos modalidades de formación del ciudadano en Colombia durante el siglo XX». En: *Los manuales escolares como fuente para la historia de la educación en América latina*. Madrid: UNED, Vol. 1, pág. 143 — 153.
- CORREA, A. y otros. (2003) «La búsqueda de la identidad social: un punto de partida para comprender las dinámicas del desplazamiento-restablecimiento forzado en Colombia. En: *Investigación y desarrollo (Barranquilla)*. Vol. 11, 01, pág. 26-55.
- DIMAS SERNA, A. (2006) *Ciudadanos de la geografía tropical, ficciones históricas de los ciudadanos*. Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas/Centro de Investigaciones y Desarrollo Científico.
- DÍAZ POLANCO, H. E. (1987) *Nación y política*. México: Juan Pablos (ed).
- FALS BORDA, O. (2005) *Entre los paisas: reconociendo su misión en la historia*. Tesis para el título Honoris Causa de Sociología. Medellín: Universidad de Antioquia.
- FRIEDEMANN, N. S. DE. (1992). «Huellas de africanía en Colombia: nuevos escenarios de investigación» En: *Thesauros. Boletín del Instituto Caro y Cuervo*. Tomo XLVII, n° 3 septiembre-diciembre de 1992, pág. 543-560.

- GUTIERREZ, M. (1995) *Las Mujeres en la Historia de Colombia: Mujeres, Historia y Política*, Tomo I, Norma, Colombia, pàg.301-308.
- HERRERA, M. C. y otros. (2005) «El memorial de las identidades, entre héroes y villanos, en la búsqueda de si y de los otros». En: *Revista Folios*. Bogotá: Facultad de Humanidades, Universidad Pedagógica Nacional, n° 25, pág. 53-61.
- HERRERA, M. C. y otros. (2003) *La identidad nacional en los textos escolares de ciencias sociales: Colombia, 1900-1950*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.
- GARCÍA CANCLINI, N. (2003) «La Modernidad Latinoamericana». En: *Metapolítica*, n°29, vol.7, mayo-junio, pág. 25-51.
- GARCIA FLORES, M.R. (2004) «Identidad y minorías musulmanas en Colombia: ocupación y gobiernos hispánicos del territorio». En: *Desafíos* (Bogotá), n°11, julio-diciembre, pág. 108-139.
- GROS, C. (1991) *Colombia indígena, identidad cultural y cambio social*. Bogotá: CEREC.
- JACKSON, R. (2007) «La raza y la definición de la identidad del «indio» en las fronteras de la América española colonial». En: *Revista de Estudios Sociales* (Bogotá), n°.26, abril, pág.116-125.
- JARAMILLO URIBE, J. (2001) *Etapas y sentidos de la historia de Colombia*. Bogotá: Biblioteca Luis Ángel Arango/Banco de la República.
- JIMENO, M. (1989) «Los procesos de colonización en el siglo xx». En: *Nueva historia de Colombia*, tomo III: «Relaciones Internacionales, Movimientos Sociales». Bogotá: Editorial Planeta, pág. 371-396.
- JULIANO, D. (1992) «Estrategias de elaboración de la identidad». En: HIDALGO, T. (comp.) *Etnicidad e identidad*. Buenos Aires: CEAL, n° 74, pág. 64-70.
- KÓNIG, H.J. (1994) *En el camino hacia la nación: nacionalismo en el proceso de formación del estado y de la nación de la Nueva Granada, 1750-1856*. Bogotá: Banco de la República.
- LARRAIN, J. (1994) «La identidad latinoamericana, teoría e historia». En: *Estudios Públicos CEP*, n° 55, Santiago de Chile.
- LARRAIN, J. (1996) *Modernidad, razón e identidad en América Latina*. Santiago: Andrés Bello.
- LECHNER, N. (2003) «Cómo construimos un nosotros?». En: *Metapolítica*, n° 29, mayo-junio, pág. 52-65.
- LEGRAND, C. (1998) *Colonización y protesta campesina en Colombia 1850-1950*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- MELO GONZALES, J.O. (1990) «Algunas consideraciones globales sobre modernidad y modernización en el caso colombiano». En: *Análisis Político* (Bogotá), n°10, mayo-agosto, págs. 23-36.
- MONTENEGRO, A. (2007) Los «amigos de los niños», una mediación permanente en la construcción de una entidad de nación y de ciudadanía: Buenos Aires, 1853-1935». En: M. C. HERRERA *Encrucijadas e indicios sobre América latina, educación, cultura y política*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional, pág. 23-53.
- MORALES, J. (2002) «Mestizaje, malicia indígena y viveza en la construcción del carácter nacional». En: MOSQUERA, C. y otros. *Afro-descendientes en las Améri-*

- cas: trayectorias sociales e identidades, 150 años de la abolición de la esclavitud en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- MUNKLER, H. (1999) «Nation as a model of political order and the grow of national identity in Europe». En: *International Sociology*, vol.14, n° 3.
- NAHUEL PAN MORENO, H. (2007) «El sueño de la identidad latinoamericana o la búsqueda de lo propio en lo ajeno». En: *Atenea*, n° 495, Concepción Chile, pág. 157-164.
- ORTIZ, J.G.; VANEGAS, I. (2001) *Educación cívica en colombia: una comparación internacional*. Bogotá: Ministerio de Educación Nacional, ICFES-IEA.
- RAMIREZ, M.I.; VILLAREAL, N. (1994) *Historia, género y política: movimientos de mujeres y participación política en Colombia 1930-1991*. Barcelona: Universidad de Barcelona.
- RAMIREZ BACCA, R.; ACEVEDO TARAZONA, Á. (comp., 2007). *Identidades, localidades y regiones: hacia una mirada micro e interdisciplinaria*. Medellín: Editorial La Carreta.
- REGILLO, R. (2000) «La invención del territorio: procesos globales, identidades locales». En: *Umbrales, cambios culturales, desafíos nacionales y juventud*. Medellín: Corporación Región.
- RESTREPO, C. (1995) *Constituciones políticas nacionales de Colombia*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- RUFFINELI, J. (1992) «Calibán y la posmodernidad latinoamericana». En: *Nuevo texto crítico*, Stanford University, USA, vol. V, n° 9/10, pág. 297-302.
- RUIZ SALGUERO, M. (1995) *Desplazamiento forzado por la violencia de grupos étnicos en Colombia y producción de políticas públicas: el carácter multicultural de Colombia y sus implicaciones censales*.
- RUISECO, G.; SLUNECKO, T. (2006) «The role of mythical european heritage in the construction of colombian national identity». En: *Journal of Language and Politics*, vol.5, n° 3, pág. 359-384.
- SAENZ ROVNER, E. (2007) *La ofensiva empresarial: industriales, políticos y violencia en los años 40 en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Centro de Estudios Sociales, Ediciones Tercer Mundo.
- SEN, A.K. (2007) *Identidad y violencia: la ilusión del destino*. Buenos Aires / Barcelona: Katz Editores.
- VERGARA ESTEVES, J.; DERAGAR DEL SOLAR, J. *Cuatro tesis sobre la identidad cultural latinoamericana, una reflexión sociológica*. [http://www.revistacienciasociales.cl/archivos/revista12/word/revista12_articulo6.doc]
- VIVIESCAS, F.; GIRALDO, F. (comp. 1991). *Colombia: el despertar de la modernidad*. Bogotá: Foro Nacional por Colombia.
- URBAN, G. (1992) *Two faces of culture. Working papers and proceedings*, #49, Chicago: Center of Psychosocial Studies.
- URIBE, M.T. (1998) «Órdenes complejos y ciudadanías mestizas: una mirada al caso colombiano». En: *Estudios Políticos* (Medellín), n°12, enero-junio, pág. 25-46.
- WADE, P. (1997) *Gente negra, nación mestiza: dinámica de las identidades raciales en Colombia*. Bogotá: Universidad de Antioquia.

ZAMBONI, E. (2007) «Tradición e identidad reafirmadas en la cultura escolar». En: HERRERA, M.C. *Encrucijadas e indicios sobre América latina, educación, cultura y política*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional, pág. 71-84.